

"X tochtli 1502. Terminadas las exequias de Ahuizotl, reuniéronse los doce dignatarios mexica que hacían de electores, juntamente con Nezahualpilli y Totoquihuatzin: asistían también los príncipes hijos de los reyes pasados, sin duda para exhibirse como candidatos. En la sala destinada á la reunión, había en el centro un gran brasero con fuego; al lado un recinto, un incensario, mucho copalli, las vestiduras reales, el vaso llamado *topixicalli*, y tres huesos agudos de tigre, de águila y de león. Tomó la palabra Nezahualpilli, como la persona de más gerarquía, ponderando la necesidad de la Nación para elegir nuevo emperador; respondió el Cihuacoatl aprobando el discurso del aculhua y ofreciendo á la consideración de los electores las virtudes y merecimientos de los candidatos, de los cuales estaban presentes seis hijos del rey Axayacatl, y siete de Ahuizotl, todos capitanes valientes distinguidos en la guerra, sin otros muchos de corta edad. Reparando los electores el valor de los candidatos, de común consentimiento eligieron á Motecuhzoma, hijo de Axayacatl, varón con todas las prendas necesarias para regir la monarquía. Publicada la elección, buscaron en la sala al agraciado y no encontrándole presumieron que por modestia se había retirado, por lo cual enviaron á llamarle con los nobles. Sabían éstos que era persona piadosa y recogida, por lo cual se dirigieron al templo de Huitzilopochtli, á una habitación que junto tenía para recogimiento, en donde lo encontraron en la humilde ocupación de barrer el pavimento. Encontrándole los nobles le hicieron reverencia, dijéronle su cometido y Motecuhzoma, humillándose también les siguió, entrando á la sala del consejo con paso mesurado y grave, el semblante sosegado y serio, mereciendo perfectamente su nombre de *señor sañudo*. (Durán.)

Sentado Motecuhzoma junto al brasero divino, se puso en pie el Cihuacoatl, dándole parte de la elección hecha en su persona; tomáronle en seguida por los brazos los dos reyes, Nezahualpilli y Totoquihuatzin llevándole á sentar en la silla real, en donde le cortaron el cabello á la usanza de emperador, le horadaron la termilla de la nariz, poniendo en ella el *acopitzacalli*, piedra cilíndrica y delgada, le colocaron el *bezote ó tentell* en el labio inferior, zarcillos en las orejas, las mantas y *maxtlatl* reales, ricos cactli en los pies, terminando el adorno con ponerle el copilli en la cabeza. En aquel arreo se dirigió al brasero divino, tomando el incensario y puesto copal incensó á los dioses, principalmente al del fuego, dando vuelta alrededor del fogón; con el hueso del tigre se sangró las orejas, con el del león los molledos y con el de águila las espinillas; después de lo cual tomó varias codornices sacrificándolas, arrancándoles las cabezas, rociando el fuego con la sangre. De allí se dirigió al gran teocalli á ejecutar los mismos sacrificios y ceremonias á los pies de Huitzilopochtli, terminando con el sacrificio sobre la piedra del Cuauhxicalli de los *cuacuachtin* ó caballeros águilas. Llevado al palacio real y sentado en el trono, vinieron á saludarle los

grandes, la nobleza, los mandones y las justicias de los barrios de la ciudad, el pueblo entero, dirigiéndole cada clase su arenga de felicitación. (Durán.)

Nezahualpilli le dijo: "La gran ganancia que ha alcanzado todo este reino, oh ilustrísimo mancebo, en haber merecido que tú seas la cabeza de él, bien se deja conocer por haberte escogido tan fácilmente y la alegría que muestra en tu elección, y cierto con gran razón, porque está ya el imperio mexicano tan grande y tan dilatado, que para regir un mundo como este, llevar acuestas una carga tan pesada, no se requieren menos consistencia y fortaleza que la de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya. Y así digo, que el omnipotente Dios ama á esta ciudad, pues les ha dado lumbré para escoger aquello que á su reino convenía. "Porque ¿quién duda que un señor y príncipe que antes de reinar sabía investigar los nueve dobleces del cielo, agorera con la ocasión del reino, tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra, para acudir al remedio de su gente? ¿Quién dudará que el gran esfuerzo que siempre has mostrado en casos de grande importancia, antes de tener tanta obligación, te ha de faltar ahora? ¿Quién dudará que en tanto valor ha de faltar remedio al huérfano y á la viuda? ¿Quién no se persuadirá que ha llegado ya este imperio mexicano á la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el Señor tanta, que en sólo verte la pones á quien te mira? Alégrate pues, ¡oh tierra dichosa! pues que te ha dado el Señor de lo creado un príncipe que será tu columna firme en que estribes, padre, amparo y más que hermano de los tuyos en la piedad y misericordia: "regocójate con gran razón, que no tomara ocasión con el estado de regalarse y estarse tendido en el lecho ocupado en vicios y pasatiempos, antes al mejor sueño se sobresaltará su corazón, quedando desvelado con el cuidado que de ti ha de tener y el más sabroso bocado de su comida no sentirá suspenso con el cuidado de tu bien. Mira pues si con razón te digo que te alegres y alientes, oh reino dichoso, y tu generosísimo mancebo, poderoso señor nuestro, pues el Creador de todos te ha dado este oficio, el que en todo el tiempo pasado ha sido tan liberal contigo, ten confianza que no te negará sus mayores dones en el estado que te ha dado, el cual sea por muchos años buenos." Estuvo el rey Motecuhzoma á esta oración muy atento, la cual acabada se enterneció tanto que acometiendo á responder por tres veces no pudo. Y así limpiándose las lágrimas y reportándose lo más que pudo, dijo brevemente: "Harto ciego estuviera yo, oh buen rey, si no viera y entendiera, que las cosas que me has dicho han sido puro favor que me has querido hacer, pues habiendo tantos hombres tan nobles y generosos de este reino, echaste mano para él del menos suficiente, que soy yo. Y cierto que siento tan pocas prendas en mi para tan arduo negocio, que no sé qué me haga, si no es acudir al Señor de lo creado que me favorezca y suplico á todos los preciosos que me ayuden á pedirselo y suplicárselo." Y diciendo

estas palabras tornó á enternecerse y á llorar. (Códice Ramírez, MS.) Dadas las gracias á todos, Motecuhzoma se retiró á los aposentos interiores; los señores se fueron á sus provincias respectivas.

Motecuhzoma tomó el apellido de Xoyocotzin, (*xocoyotl*, hijo ó hija menor ó postrera, de donde proviene nuestra palabra *socoyote*: lleva unida la partícula reverencial *tzin*) para distinguirse del primero el Huehue ó Ilhuicamina. Al subir al trono contaba treinta y cuatro años de edad (Tezozomoc), y debió haber nacido hacia el II tepatl 1468. Había sido soldado, subiendo por sus hazañas al grado de Tlacocheacatl; después su piedad le llevó al sacerdocio y á la sazón de su nombramiento era pontífice. Vivía de ordinario recogido en un *calpul* ó casa junto al teocalli de Huitzilopochtli, creyendo el pueblo que se comunicaba con el dios, teniendo con él frecuentes comunicaciones. Grave, reposado, por maravilla se le oía hablar, y cuando en el consejo soltaba la voz, su parecer era cuerdo y atinado (Torquemada). Su carácter debía constar de los elementos constitutivos del guerrero y del *tlamacaque*. Justiciero, inflexible en sus determinaciones, incapaz de sufrir contradicción; amigo del orden y de la limpieza; gran recompensador de los servicios civiles y militares, enemigo del ocio, perseguidor constante de la vagancia y la flojera, severo y cruel haciendo cumplir sus mandatos. Tan buenas prendas, que le hubieran hecho un gran rey, estaban mezcladas con un orgullo fuera de medida y una superstición ciega y brutal.

El alto puesto á que se vió encumbrado, produjo en el ánimo de Motecuhzoma profunda revolución. Cuando se vió el primero del estado civil, por ser emperador; el primero en la religión, como pontífice amado y en comunicación con los dioses, dando rienda suelta al orgullo, se creyó no sólo superior á los demás mortales, sino de clase diversa y aun divina. La idea fundamental de aquellas instituciones, que era la unidad civil y religiosa, por aquella causa tomó en las manos del nuevo rey las últimas proporciones, y saliendo del límite de lo racional y de lo justo, entrara en el dominio de los extravíos de la humanidad: el gobierno político asumió la forma de un despotismo insensato, el monarca se convirtió en un dios. En efecto, para que Ahuizotl tomara asiento entre los números del imperio, fué necesario que muriera; Motecuhzoma no esperó el término de una época incierta, haciendo le tributaran en vida los honores divinos. (Orozco y Berra III, cap. IX, páginas 428 á 432.)

Cómo recibió Moctezuma á Cortés á la entrada de Tenochtitlán:

Arrimados á las paredes, en orden procesional, venían hasta doscientos señores muy principales, con ricos y galanos trajes si bien ellos descalzos por estar en presencia del emperador. Los seguía por medio de la calle Motecuhzoma, cargado en riquísimas andas en hombros de sus nobles; cuando le pareció, apeóse de las andas; cuatro señores le cubrieron con un palio "muy riquísimo á mara-

"villa, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chahuis, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello" (Bernal Díaz). Vestía lujosamente, llevando á los pies un calzado con suelas de oro; precedíanle tres personas como heraldos, una en pos de otra, con una vara de oro á manera de cetro, levantada en señal de acercarse la majestad; sosteníanle para andar, por el brazo derecho Cacama, señor de Texcoco, por el izquierdo Cuitlahuac, señor de Itzamalapan, siguiéndoles los señores de Tlacopan y Coyohuacan: por delante, criados y pajes de dos en dos limpiaban el suelo de piedras y pajas y tendían mantas ricas al paso, pues el monarca desdeñaba tocar la tierra con los pies. Sólo los cuatro reyes ó parientes que le llevaban de cerca le veían el rostro, todos los demás iban con la cabeza baja, con mucho acato y compostura.

Al descubrir D. Hernando al monarca, se apeó del caballo, y con la inseparable Marina al lado, se adelantó, quitóse la gorra y saludó á la usanza española; Motecuhzoma y los dos príncipes acompañantes se inclinaron reverentes hasta tocar la tierra con las manos. Por fin estaban en presencia el sacrificador y la víctima. Un mundo de pensamientos debieron cruzar por la mente de aquellos cuatro hombres, á quienes unido Cuauhtemoc observando algo distante, formaban el compendio del gran drama de la conquista; miradas de distinto género debieron chocarse entre el activo D. Hernando, el cuitado Motecuhzoma, el débil Cacamatzin y Cuitlahuac el intrépido y enconado enemigo de los blancos. Cortés y Motecuhzoma se saludaron cortesmente, dándose mutuos parabienes por haberse encontrado; la pretensiosa Marina tendió su mano derecha para saludar á su vez, mas el monarca la rechazó ofreciendo su mano á Cortés; éste se quitó entonces un collar que al intento traía prevenido, "de unas piedras de vidrio que ya he dicho se llaman margajitas, (Cortés) "que tienen dentro muchos colores é diversidad de labores, y venía ensartado en unos cordones de oro con almizcle porque diesen buen olor, y se lo echó al cuello al gran Montezuma; y cuando se lo puso le iba á abrazar, "y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma "detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase; porque "lo tenían por menosprecio." (Bernal Díaz) Terminados aquellos cumplidos, Cuitlahuac se quedó para acompañar á D. Hernando, mientras Motecuhzoma con Cacama dió la vuelta á volverse por donde había venido; los nobles del cortejo se acercaron entonces para hacer su acatamiento á Cortés. Poco adelante un servidor trajo al emperador dos collares; detúvose éste hasta que le alcanzó el general, el cual los puso al cuello. "Eran hechos de huesos de "caracoles colorados, que ellos tienen en mucho, y de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfección, tan largos casi como un gemo (Cartas de Relac. "pág. 80.)"

Jamás había sido recibido en México con tanta distin-

ción príncipe ni rey; el pueblo estaba espantado con tanta ceremonia; nunca el orgulloso monarca había sido tan reverente, ni aun con los mismos dioses. No aparecía la muchedumbre por la calle en que iba el emperador, mas pasado éste salía á considerar á los blancos, y las azoteas y todo estaba cubierto de curiosos, ávidos de gozar de tan nuevo espectáculo. Maravillados decían los unos: "Dioses

deben de ser éstos, porque vienen de donde el sol nace," otros observaban: "Estos son los que han de mandar y señorear nuestras personas y tierras, pues siendo tan pocos, son tan fuertes que han vencido tantas gentes. (Herrera)."

(Orozco y Berra, Tomo IV, capítulo II, páginas 270 á 272).



CAPITULO XXVIII.

CUAUHTEMOC.

CUAUHTEMOTZIN.



AY nombres que no se pueden pronunciar sin que se sienta en el acto una secreta emoción; mezclándose á la reminiscencia de los hechos consumados, un indescribible placer y un sentimiento melancólico y profundo; nombres venerados por su prosperidad, sacratísimos ante los siglos que pasaron y que se han de suceder; nombres divinizados por las generaciones, que tienen un templo y un altar en el corazón de la humanidad, rindiéndole culto ese propio corazón: tal es el nombre del héroe con que encabezamos estas líneas.

¡CUAUHTEMOTZIN! pronunciaron los aztecas, muy avanzado el primer tercio del siglo XVI: ¡GUATIMOTZIN! repitieron los rudos é intrépidos conquistadores de Anáhuac: ¡CUAUHTEMOC! siguieron nombrando las desgraciadas familias de la raza conquistada y ¡CUAUHTEMOTZIN! será el glorioso nombre que proferirán las venideras generaciones; porque este nombre se halla grabado con diamantinas letras en el santo alcázar de la inmortalidad.

Grande, como la grandeza; valiente como el valor, y patriota como la patria misma, legó á sus pósteros su abnegación, su constancia, su fe, sus tormentos y su desgraciado fin, para que aprendiésemos en sus acciones lo que el hombre debe ser con su tierra natal.

El último vástago de los tlaltelolcas; el descendiente augusto de AHUITZOTZIN, cuyos progenitores fueron MIXCOHUATL, QUACUAHPITZAHUAC, TLACATEOTZIN QUAUHTLATEHUATZIN y MOQUIHUIX, el sustentador de la defensa de Tenochtitlán, el competidor de Cortés y el que por setenta y

cinco días luchó sin tregua y sin descanso contra el poder de 260,000 hombres, es la figura gigante de que nos vamos á ocupar.

CUAUHTEMOTZIN, nació por los años de 1495 á 1496, según deben presumirse de la corta edad que tenía al ocupar el trono mexicano. Educado bajo las severas reglas que los aztecas tenían para la instrucción religiosa, civil y militar de la juventud, dió desde la pubertad las inequívocas pruebas de la firmeza de su carácter, de la rectitud de sus principios, de la intransigencia de su fe y de su indomable valor; los hechos posteriores á esa edad de placer y de dicha, de esa edad de ilusiones y esperanzas, vinieron á confirmar lo que debía esperarse del postrero de los tlaltelolcas.

No se puede recordar esta parte de la historia sin que palpite el corazón; no se pueden tocar los luctuosos días de la conquista, sin que se conmueva el espíritu, angustie el alma y se oprima la inteligencia; no se pueden leer esas páginas de la historia trazadas por los propios y los extraños, sin que el calor de la sangre invada el rostro y lo colore, y no se puede mirar ese cuadro de sangre, de aniquilamiento, de muerte y luto, sin que involuntariamente se escape un grito de maldición, por más que sean los bienes que nos haya producido la conquista.

Muerto CUTLAHUATZIN, señor de Ixtapalapan, general del ejército mexicano y sucesor de Moctezuma II, del que era hermano, vino al poder CUAUHTEMOTZIN contrayendo matrimonio con la princesa TECUICHPOTZIN prima suya, hija de Moctezuma y viuda del monarca CUTLAHUATZIN.

Desde que el joven príncipe ocupó el sólio de sus mayores, todo fué para él trabajos y fatigas, desengaños y lucha en lugar de las dulzuras y goces reservados casi siempre á la dignidad real.